

RÉPLICA A “UNA CRÍTICA AL ARGUMENTO KANTIANO DE
McDOWELL EN CONTRA DE LA PERCEPCIÓN ANIMAL”
DE JORGE MORALES

Mario Gensollen

Universidad Autónoma de Aguascalientes

mgenso@correo.uaa.mx

El elegante trabajo de Jorge reconstruye una de las discusiones actuales más relevantes en torno a la filosofía de la percepción. Trata, si le entiendo bien, de encontrar una teoría con la que sea posible dar cuenta de la percepción animal, y piensa que dicha teoría puede ser de contenido no-conceptual. Mis apreciaciones, de manera general, son las siguientes:

- a) Jorge se compromete tímidamente, hacia el final del trabajo, con un pragmatismo débil, sin aceptar las consecuencias no mentalistas y no naturalistas a las que éste le llevaría.
- b) Por lo anterior, Jorge señala —de manera acertada— algunos de los vicios del argumento tradicional (AT) no-conceptualista, del conceptualismo normativista de McDowell, así como las virtudes y deficiencias del planteamiento de Millikan. Sin embargo, pienso que Jorge implícitamente se percata de que la raíz del problema es su planteamiento. Aun así, dado que no recurre a una salida pragmatista fuerte, sigue planteando el problema en los mismos términos, cuando los términos en los que se plantea constituyen el problema mismo.

c) Existe una antropomorfización del problema. En toda la discusión la medida o el criterio mediante el cual son pensados los términos “concepto”, “percepción”, “adecuado”, “ordenado”, etcétera, es la mente humana. En otras palabras, son los estados mentales humanos el criterio para formular el problema, cuando el problema desaparecería si el enfoque antropomórfico no fuese el punto de partida. Como el mismo Jorge lo señala, que el hombre comparta un alto porcentaje de carga genética y algunos mecanismos neuropsicológicos con otras especies es una tesis trivialmente verdadera y su trivialidad radica en que nos dice todo y nada, pues no es verdad que nuestros mecanismos neuropsicológicos sean idénticos a los de los animales no humanos, ni siquiera que nuestras vidas mentales puedan ser análogas. Hacia el final de la réplica abordaré con mayor detenimiento este punto.

Cuando Jorge reconstruye el AT señala correctamente que hay un uso ambiguo de dos términos en las distintas premisas y en la conclusión: “concepto” y “adecuado”. Sin embargo, no se percata del error fundamental del AT, a saber, que es imposible desligar las percepciones de un contexto y, por tanto, de un uso y de una finalidad. En el caso de un animal no-humano, no es idéntica la mirada del gato cuando reposa, que la mirada del gato al acecho de la presa; de la misma forma, no es idéntica la mirada del humano cuando contempla una obra de arte que cuando trata de detectar una avería en el motor de su automóvil. El AT parecería, incluso, abstraer cualquier tipo de circunstancia en las percepciones y resulta absurdo hablar de algo así como “percepciones puras”.

De lo anterior se seguiría una consecuencia importante. En efecto: *i)* compartimos con los animales no-humanos muchos mecanismos neuropsicológicos; *ii)* los animales no son capaces de formar conceptos, y *sí iii)* de tener percepciones adecuadas. Sin embargo, la conclusión “Los humanos no requieren conceptos para tener percepciones adecuadas” es ambigua, y lo es no solo por el uso del término “adecuado”, sino porque en muchas ocasiones el ser humano no nece-

sita filtrar sus percepciones a través de conceptos para que éstas sean adecuadas u ordenadas, pero en otras ocasiones sí. Cualquier habilidad o destreza sería un paradigma del primer caso. Ahora bien, en otras ocasiones es necesario el filtro conceptual, por ejemplo cuando el médico diagnostica una enfermedad. Dicho de otra manera: la conclusión es ambigua porque es parcialmente verdadera y, por tanto, no determina cuándo es necesario el filtro conceptual y cuándo no lo es. Esto solo lo determina el contexto, el uso y la finalidad.

Jorge señala, de modo correcto, un problema de la P2 del AT. En efecto, cualquier valor veritativo que tenga P2 genera problemas para el AT. Ya sea que los animales realmente sean capaces de formar conceptos o no, esto no parece resolver de manera definitiva la posibilidad de la existencia del contenido no-conceptual en los estados mentales humanos ni la posibilidad de percepciones adecuadas en animales no-humanos. De lo que Jorge no se percató es de que no es necesario dar una respuesta radical ni conclusiva. Ciertamente, es posible que en sus investigaciones Povinelli se haya percatado de cierta formación conceptual en los chimpancés, pero todo esto requiere un estudio empírico detallado de las formas de vida particulares de cada especie. Otra vez se olvida que las percepciones no son estados mentales aislados de otros estados mentales y de un contexto mucho más amplio, *no mental*, donde estos tienen lugar.

Como sugerí en a), la principal dificultad radica en la forma en que Jorge nos presenta el problema, pues no logra escapar de una perspectiva puramente mentalista.

En la segunda parte del trabajo, Jorge expone con bastante precisión algunas de las consecuencias de la teoría de McDowell. A partir de esta, en efecto, no se explicaría la percepción animal y de humanos prelingüísticos. Nos llevaría, además, a asumir que su conducta es caótica, lo cual es evidentemente falso. De este modo, o bien la teoría de McDowell fracasa o bien requeriríamos otra explicación para dar cuenta de su conducta.

El problema es que Jorge no considera, en parte porque no es la intención de su trabajo, que la teoría de McDowell constituye una radicalización y, por tanto, una caricatura de la teoría kantiana. En

Kant el problema no surge. Para Kant, los humanos adultos compartiríamos la *sensibilidad* con los humanos prelingüísticos y con los animales no-humanos. Es precisamente la sensibilidad, desarrollada en la estética trascendental de la *KrV*, la que explica cómo los animales no-humanos —y, si hemos de extrapolar los términos kantianos, también los humanos prelingüísticos—, tienen una relación adecuada, ordenada, correcta, incluso funcional, con el mundo. Son el espacio y el tiempo con base en los cuales se ordena la sensibilidad. Para Kant, los animales no requerirían algo más para relacionarse con el mundo. Es esta tesis, no la anterior, la que resulta problemática en Kant. En el caso de los humanos adultos, la sensibilidad, además, tiene un nexo con el entendimiento a través de la imaginación trascendental, cosa que no sucede con los otros. Por tanto, en Kant, el problema mismo estaría mal planteado. A mi parecer, McDowell, al menos en *Mind and World*, toma el *dictum* kantiano —las percepciones sensibles son ciegas sin conceptos, mientras que los conceptos sin percepciones sensibles son vacíos— olvidando por completo los supuestos desarrollados en la estética trascendental.

Jorge tampoco rescata la intención fundamental de McDowell: resaltar el aspecto normativo de la mente humana. Sin embargo, dada la radicalidad de su planteamiento, McDowell estaría incurriendo en el mismo error que Jorge en el primer apartado del trabajo, a saber, considerar los estados mentales desde una perspectiva privilegiada: mentalista, incluso a veces naturalista en el caso de Jorge; normativista en el caso de McDowell. En ambos casos se olvida o se desestima el aspecto pragmático de los estados mentales. Está claro que resulta imposible dar cuenta de un estado mental sin sus relaciones con otros estados mentales, o bien, sin tener un conocimiento de las estructuras neuronales; pero también está claro que, en el caso de los humanos adultos, en ciertas circunstancias, la normatividad es imprescindible. No se ve por qué una teoría tendría que privilegiar alguna de dichas perspectivas. La importancia de una o de otra solo nos la da el contexto en el que el estado mental tiene lugar.

Jorge trata de salir al paso de algunas de estas dificultades en el tercer apartado del trabajo. Rescatando a Millikan, Jorge piensa que es posible dar cuenta de mejor manera de la percepción animal. Es

cierto que Millikan rescata un aspecto que es olvidado en el AT y en las críticas de McDowell: el aspecto práctico del conocimiento y los estados mentales que interactúan con él. La distinción entre representaciones directivas y descriptivas, sin duda, da un paso adelante en la disolución del problema. Así, Millikan estaría adoptando una de las tesis más comunes del pragmatismo de cualquier tipo: comprender los conceptos, fundamentalmente, como herramientas mediante las cuales interactuamos con el mundo. A partir de aquí, sería mucho más fácil explicar la percepción animal. A pesar de ello, Millikan no lograría explicar cómo es que en ciertos casos las representaciones son directivas, en otros descriptivas y en otros, ambas. Ciertamente es que al rescatar el aspecto teleológico de las percepciones, Millikan no cae en un mentalismo burdo. El problema es que las diferencias entre las vidas mentales de los animales no-humanos y los humanos se difuminarían sin un criterio claro de distinción.

En lo que sigue trataré de mostrar una forma distinta de plantear el problema que no incurra en las dificultades anteriores.

Resumiré el argumento así:

- a) Lo que podemos saber de la vida mental de los animales no-humanos y de los humanos prelingüísticos es sumamente vago y solo podemos inferirlo a partir de su conducta. La antropomorfización resulta inevitable.
- b) Existen aspectos de la vida mental humana que resulta inimaginable atribuir a los animales no-humanos y a los humanos prelingüísticos y existen aspectos de la vida mental de estos que resultaría inimaginable atribuir a los humanos. En cualquier caso, se sigue que la vida mental de los animales no-humanos y los humanos prelingüísticos queda en varios aspectos velada.
- c) El criterio de distinción entre la vida mental de los animales no-humanos y los humanos prelingüísticos, por un lado, y los humanos, radica fundamentalmente en sus for-

mas de vida. Solo un profundo estudio empírico de estas nos puede aproximar de manera vaga a comprender su vida mental.

En el párrafo 25 de las *PU*, Wittgenstein señala con cierta ironía lo siguiente:

Se dice a veces: los animales no hablan porque les falta la capacidad mental. Y esto quiere decir: “no piensan y por eso no hablan”. Pero: simplemente no hablan. O mejor: no emplean el lenguaje —si prescindimos de las formas más primitivas del lenguaje—. Ordenar, preguntar, relatar, charlar, pertenecen a nuestra historia natural tanto como andar, comer, beber, jugar.

Lo que Wittgenstein trata de mostrar en el párrafo anterior es que las formas de vida de los animales, a diferencia de la humana, no incluyen el lenguaje. Y esto quiere decir: la vida mental de estos es radicalmente distinta a la nuestra no porque no piensen, sino porque su forma de vida no requiere el lenguaje. Es famosa la anécdota que cuenta la discusión que sostuvo Wittgenstein en la que concluía: “Si un león en este momento comenzara a hablarnos, no le entenderíamos”.

Decir que un animal está molesto, decir que se sintió amenazado o que percibe o forma conceptos, son inferencias que hacemos a partir de su conducta, siempre tomando como criterio la vida mental humana. Lo que no quiere decir que dichas inferencias sean inútiles, solo imprecisas, aproximativas. Su valor explicativo siempre será limitado.

Por otro lado, siempre existen aspectos que es imposible atribuir a los animales no-humanos. Estos forman parte exclusiva, por decirlo de algún modo, de la forma de vida humana. Wittgenstein proporciona un gran ejemplo al inicio de la segunda parte de las *PU*:

Podemos imaginarnos a un animal enojado, temeroso, triste, alegre, asustado. Pero, ¿esperanzado? ¿Y por qué no?

El perro cree que su dueño está en la puerta. Pero, ¿puede creer también que su dueño vendrá pasado mañana? —¿Y qué es lo que no puede?—. ¿Cómo lo hago yo? ¿Qué puedo responder a esto?

¿Puede esperar solo quien puede hablar? Solo quien domina el uso de un lenguaje. Es decir, los fenómenos del esperar son modos de esta complicada forma de vida. (Si un concepto apunta a un carácter de la escritura humana, entonces no puede aplicarse a seres que no escriben).

De esta manera, existen estados mentales que no podemos inferir de la conducta animal no-humana que sí podemos inferir de la conducta humana. Las razones pueden incluir explicaciones del tipo: “los animales no forman conceptos”, sin embargo, una explicación más precisa, con un criterio de distinción más nítido, consistiría en una descripción adecuada de la forma de vida de la especie junto con un análisis del contexto concreto donde los estados mentales participan.

Por tanto, temo que es poco probable que alguna teoría pueda tener una aplicación general para dar cuenta de la percepción animal, así como, en general, de la vida mental de los animales humanos y no-humanos.